

CAPÍTULO XVII. *De la fiesta que hacían en el sexto mes, llamado etzalqualiztli, a los dioses Tlaloques abogados de la lluvia y agua.*



ESTE SEXTO MES MEXICANO, llamado etzalqualiztli, que quiere decir cierto género de puchas o poleadas delicadas que ellos comían, caía su primer día a los quince de nuestro mayo, en el cual hacían fiesta a los dioses pluviales, llamados Tlaloques, que era ya ésta la tercera vez que se la celebraban; y la razón porque en este mes volvían a hacer memoria de ellos, era porque como los panes iban algo crecidos y en algunas partes espigados, pedían con este sacrificio su crecimiento, conservación y logro; por cuanto (como vimos en el mes pasado) este de mayo suele ser algo falto de aguas (y mucho) y les es de grande daño a los maíces, por lo cual pedían a estos demonios Tlaloques no les faltasen con aguas, porque el año no fuese estéril. Ésta era la tercera fiesta que hacían en orden de este fin, para la cual ordenaban muchas ceremonias. La primera de las cuales era enramar su altar y templo, en especial en esta ciudad de México; y para esto iban los sátrapas y sacerdotes de estos dioses a Citlaltepec, pobló situado pocas leguas de esta dicha ciudad, a la parte de el norte, por juncia a una laguna que tiene, donde se hace muy hermosa y crecida, de donde la cortaban y traían. En esta jornada usaban de esta libertad: si encontraban con algún caminante le saqueaban y quitaban cuánto llevaba, hasta dejarle en cueros y desnudo, a lo cual no había de hacer resistencia el mísero paciente. Y no sólo se extendía esta licencia para con los plebeyos y gente común o particular; pero aunque fuesen tributos de el rey y cosas para su casa, las tomaban sin resistencia de los que las llevaban. Y si por ventura algunos se defendían, o no ofrecían graciosamente lo que querían quitarles, los maltrataban, y tanto, que o los mataban o los dejaban por muertos, y no por esto eran castigados estos ministros infernales, guardándoles siempre respeto por ser sacerdotes de estos dioses, a quien tanto ellos estimaban por razón de las lluvias y aguas. De donde se me ofrece considerar, que siendo estos ministros más salteadores que hombres píos, aun no eran reprehendidos en estos agravios por ser sacerdotes de estos falsos dioses, antes eran reverenciados por el nombre de sacerdotes que tenían; ¿cuánto con más razón lo deben de ser los que lo son de Dios verdadero, ya que no por ellos a lo menos, porque son ministros suyos y de su altar y mesa, ocupándose en sus loores y alabanzas y en las cosas de piedad tocantes a su oficio? Por esta causa eran tan temidos de todos, que este dicho día ninguno, de ninguna calidad que fuese, se atrevía a pasar por aquel camino y huían de ellos como de gente enemiga. Traída la juncia, enramaban el templo y lugares sagrados con muchas ceremonias y preparaciones, las cuales habían comenzado cuatro días antes.

Llegada la fiesta de etzalqualiztli hacían todos este género de puchas o

poleadas, llamadas etzalli, de las cuales comían aquel día todos en sus casas y convidaban con ellas a todos los que los visitaban, haciendo en esta fiesta grandísimos regocijos y locuras. Pintaban muchos papeles y llevábanlos al templo y con cierta goma, llamada ulli, que es betún muy correoso y saltador, los untaban y ofrecían a los ídolos, y muchos de ellos untaban las mejillas de su dios con ella. En este mismo mes y fiesta mataban muchos cautivos y esclavos compuestos con los ornamentos y atavíos de estos dioses, como acostumbraban en las festividades de los demás dioses, por cuya honra los mataban y sacrificaban en su mismo altar y cu. Hacían este día otro sacrificio perverso y malo, que era de dos criaturas tiernas, niño y niña, los cuales metían en una canoa o barquilla y llevábanlos al medio de esta laguna, donde está el remolino y sumidero del agua, y allí los sumían con la barca y echaban con ellos los corazones de todos los sacrificados, pareciéndoles este sacrificio muy favorable a su intento y grato a sus fingidos y falsos dioses.

Una ceremonia usaban los romanos por estos días de mayo, la cual era echar en las aguas del río Tíber todas las estatuas de junco que llamaban argeas, según lo dice Plutarco, en sus *Problemas*;¹ y no sé con qué intento usaban de esta ceremonia, si ya no es que era a fin de pedir aguas, remojando en ellas al dios a quien las pedían; y no contento el demonio con aquella ceremonia antigua, la trocó en estas gentes por este sacrificio.

En esta misma festividad castigaban a los ministros de estos ídolos, que por el discurso de el año habían cometido alguna culpa en sus oficios, siendo negligentes en ellos. Este castigo era llevarlos a la playa y ribera de la laguna; y como cuando estropean a uno en la mar, aunque no levantándole en alto, casi le ahogaban con el agua y los dejaban allí como muertos y se iban. Venían entonces sus deudos y parientes y llevábanlos a sus casas y curábanlos; y con esto acababa este día y fiesta diabólica.

CAPÍTULO XVIII. *Del séptimo mes, llamado tecuhilhuitontli, en el cual hacían fiesta a la diosa de la sal Huixtocihuatl*



EL PRIMER DÍA DE ESTE SÉPTIMO MES MEXICANO caía a los cuatro de junio (que es el sexto de la cuenta de nuestro año) el cual llamaban tecuhilhuitontli, y en él hacían fiesta a una diosa salinera, que tenía por nombre Huixtocihuatl. Era esta diosa muy celebrada de la gente de esta laguna y sus riberas, por razón de ser todos casi salineros y tenerla por abogada. Entre muchas ceremonias e invenciones que hacían en esta fiesta, era una que la vigilia se juntaban todas las mujeres viejas y mozas y bailaban en corro muy concertado, asidas de unas cuerdas de muchas y varias flores, que llaman xuchimecatl; y en sus cabezas llevaban puestas guirnaldas de ajensos de esta tierra, que se llaman iztauhyatl, con las cuales

Plut. Problem.